

EL CABECILLA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un mes..... 4 rs.

Tres meses..... 10 »

Seis meses..... 20 »

Un año..... 36 »

EXTRANJERO.

Un trimestre..... 20 rs.

Un semestre..... 36 »

Un año..... 60 »

ULTRAMAR.

Seis meses... 3,50 pesos.

Un año..... 6 pesos.

Número atrasado, 2 reales.

Número suelto, 15 céntimos.



PERIÓDICO MONTARAZ DE PURA RAZA.

REDACCIÓN.

DIRECTOR GERENTE

ADMINISTRACIÓN.

Leones, 7 y 9, cuarto principal.

D. RAFAEL BALANZÁTEGUI,

AL CUAL SE DIRIGIRÁ TODA LA CORRESPONDENCIA.

Leones, 7 y 9, cuarto principal.

EL CABECILLA.

Aquí estoy yo, porque he venido. Las trompetas de la fama habían anunciado mi llegada, y unos, al saber la noticia, batieron palmas de júbilo, otros torcieron el gesto, y otros se mordieron los puños de rabia y patearon como energúmenos, diciendo, por añadidura, que yo no era un CABECILLA verdadero, sino un cabecilla de pega, un cabecilla falsificado, es decir, una especie de Necedal con boña.

Pues nada, caballeros: boca abajo todo el mundo: que yo, aunque me las echo de bromista, soy hombre que no se anda con paños calientes, y voy a partir por el eje a todo el que se me ponga por delante, así traiga la boña calada hasta los ojos para ocultar mejor el morrión de miliciano.

Soy cabecilla, y cabecilla auténtico, de los que tienen el cuerpo acríbillado de balazos, y las manos limpias de todo contacto con el dinero liberal.

Cabecilla de raza, navarro por la sangre, aragonés por el tesón, catalán por la bravura, vizcaíno por la constancia, castellano por la lealtad, y español, en fin, por todos los cuatro costados; salí al monte el año 34, y me batí a las órdenes del gran Zumalacárregui, hasta que murió en el sitio de Bilbao, para que un tal Capetillo, a quien iré dando a conocer poco a poco, tuviera ocasión de bendecir en las cortes la bala que mató al inmortal guipuzcoano.

Formé parte de la expedición de Sanz y fui uno de los primeros que adivinaron en Maroto al futuro traidor que había de vendernos en Vergara. A punto estuve de ser fusilado por él, juntamente con mis queridos jefes Sanz y García, solo porque trató de vencer al Rey de que éramos rebeldes y desleales los que no queríamos servir bajo un hombre que no merecía por ningún concepto nuestra confianza.

Como el Rey le dió oídos, el tunante de Maroto se salió con la suya, y nos llevó a Vergara como cordeiros, porque no hubo nadie que le pegase un tiro a tiempo, prescindiendo de la disciplina. Yo pude escaparme a Francia, y allí estuve comiéndome los codos de hambre, mientras el mencionado Capetillo y otros Capetillos de su ralea, en vez de comerse los codos, hablaban por ellos en Parlamentos y Academias, ponderando las maravillas del sistema liberal, echando sapos y culebras contra los carlistas; todo, por supuesto, para ir medrando y llegar al único punto en que estos charlatanes tienen siempre puesto el ojo: al ministerio.

En la guerra de los *matines* fui yo uno de los primeros que entraron con Gamundi. La campaña fue buena. Me arrimaron un balazo en una pierna, que me dejó cojo para toda la vida. Balazo de moderados, no tan certero como el que Capetillo bendijo en el Congreso, pero al fin de los de primera. Con todo, aún estaríamos en las montañas de Cataluña si el dinero, instrumento también de los moderados, no hubiera caído inocentemente en los bolsillos de algunos de nuestros compañeros, que por cierto se las echaban de fieros intransigentes y de leales a prueba de bomba.

Estos bribones nos vendieron por segunda vez, y regresé de nuevo a Francia.

Durante el bienio estaba yo dedicado a comprar y vender vino en Aragón, cuando supe que se trataba

de dar otra embestida a los liberales. ¿Qué había yo de hacer? Lo de siempre. Echar el pecho al agua, y limpiar de nuevo la escopeta. Se levantaron por don Carlos unos cuantos escuadrones en Zaragoza mandados por Corrales, y secundé su movimiento cerca de Calatayud. Contra nosotros vino el general Serrano Bedoya, y el buen Capetillo, que era entonces diputado, nos llenó de improperios en un discurso; llamó príncipes rebeldes a nuestros príncipes, y saludó con mucho mimo a su simpático compañero el general Serrano Bedoya, que había ido a aniquilarnos.

El olor de la sangre carlista regocijaba, sin duda, al Capetillo, porque de resultados de sus discursos, excitaciones y alharacas como los de todos los de su estofa, se fusiló en la capital de Aragón a unos cuantos sargentos, que el que menos valía mil veces más que todos los Capetillos habidos y por haber.

Volví otra vez a Francia hasta lo de San Carlos de la Rápita. También estuve metido en aquel negocio, y como salió mal, también me vi obligado a volver a Francia, donde lei con el gusto que cualquier carlista puede figurarse aquellos artículos que escribí uno de los que hoy vocean a las órdenes de Capetillo, probando con la lógica, y la filosofía, y las matemáticas culinarias que son de su particular incumbencia, que los carlistas éramos unos rebeldes impenitentes, y que seríamos unos herejes de tomo y lomo si aprisa y corriendo no nos echábamos a los pies de doña Isabel II pidiéndole perdón.... y de paso una cartera de ministro para cada uno de los *neos* que le limpiaban las botas a Capetillo.

Yo creo que me hubiera comido al autor de aquellos artículos, si no me hubieran dicho que el comerse a aquel hombre equivalía a tragarse un embutido de estricnina.

Afortunadamente la revolución del 68 hizo tabla rasa de muchas cosas; y a los buenos carlistas se nos olvidaron algunos de los pasados agravios, porque la idea de que pronto íbamos a andar por el monte nos hizo tan benévolos y confiados, que abrimos los brazos hasta a los desperdicios de las fracciones liberales.

Me levanté en armas con el noble y leal Balanzátegui, mártir inolvidable de la más santa de las causas, y con él caí prisionero, y por buena compostura, en vez de quitarme la vida, me mandaron a Cuba a servir de soldado en las filas del ejército español. Maté filibusteros a porrillo, porque al fin ellos eran los liberales de allá; pero en cuanto pude, me vine a la Península y corrí al lado de Olló y Radica, de Lerga y Argonz, de Iturmendi, Velasco, Lizárraga, Carasa, Larumbe, y de tantos otros fidelísimos servidores de la bandera tradicional que, abandonando bienes, familia, tranquilidad y sosiego, iban a sellar con su sangre la entereza de sus convicciones. Nos batimos de firme y vencimos mil veces, mientras el Capetillo lucía su esbelta figura por la Puerta del Sol, haciendo el mismo caso de las órdenes de D. Carlos que le llamaba, que el que pienso yo hacer de Capetillo y he hecho en todos los días de mi vida.

De lo que pasó después no me quiero acordar. Basta decir que, como de costumbre, hubo traidores que nos vendieron, y que al lado de esos traidores había muchos de esos infelices entusiastas que se dejan llevar del que les habla más gordo, haciéndoles dudar de la fidelidad de los buenos.

Quisiera no repetir que tuve que volver a Francia;

pero el hecho es que volví por cuarta ó quinta vez, como si al entrar en España hubiera tomado siempre billete de ida y vuelta.

Conste, sin embargo, que ni allí ni aquí hube de mantenerme del dinero de D. Carlos, ni del dinero de los liberales. Todo, el pan inclusive, se lo debo a mis puños, a la honradez de mi trabajo, cien veces interrumpido para acudir voluntariamente al llamamiento de la religión oprimida y de la patria desgarrada.

Con esto se me figura que ya pueden conocerme los que quieren saber quién soy.

Católico como el Papa, no he derramado mi sangre ni he puesto jamás en peligro mi vida, sino teniendo en consideración, ante todo y por encima de todo, la fe de Jesucristo.

Español hasta la médula, he hecho sacrificios por la patria, sin consultar a nadie más que a mi conciencia, porque ella sólo puede obligarme al heroísmo.

Carlista, porque soy católico y español, he creído y creo que la monarquía estaba indisolublemente unida a mi fe católica y a mi dignidad de español, y por eso la he defendido, sin pedirle nunca otra cosa en cambio, sino que fuese el amparo de mi fe y el escudo de mi dignidad.

Esto he sido, esto soy y esto seré, con la ayuda de Dios.

Hombres egoistas y ambiciosos, acostumbrados al mangoneo y a la tiranía liberal, han venido a sembrar la discordia y la perturbación en nuestro campo, parapestandose detrás de nombres augustos que la lealtad prohíbe invocar sino como elevados símbolos de concordia é instrumentos solemnes de pacificación.

Pues bien: contra esos hombres, que no saben difrazar sus instintos revolucionarios, y contra todos aquellos que tengan el más ligero tinte liberal vengo a combatir sin descanso, hasta que no quede ni memoria de los desastres que han producido.

Ellos, por su ingénita perfidia, quieren la guerra: pues ¡guerra a muerte! ¡Guerra sin cuartel! Guerra... como la que yo les hacía el año 37; sin heridos ni prisioneros.

¡LLEGÓ LA HORA!

¿De qué? preguntarán nuestros amigos.
¿De limpiar el fusil y preparar la canana?
¿De dar a Sagasta un disgusto tan piramidal como el de marras?

¿De acabar de una vez para siempre con tantos fantoches liberales que nos deshonran y están aniquilando?

¿De decir la verdad, toda la verdad, á propósito de la «Unión Católica?»

Nada de eso. Todo se andará; pero hoy por hoy, no es esa la hora que ha llegado para nosotros.

Llegó la hora de que cesen nuestros sufrimientos; de que dejemos de devorar en silencio, los carlistas de toda la vida, los carlistas que hemos derramado nuestra sangre en los gloriosos campos de batalla combatiendo la revolución, las calumnias infames y los viles ataques que sobre nosotros lanzan, á todas horas y en todos los momentos, unos cuantos mercaderes políticos, ciegos instrumentos del más ruín de los aventureros y del más osado de los hombres.